

PANORAMA actual de la fiesta de TOROS

Por JOSE MARIA DE COSSIO
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

PODRÁ discutirse si la fiesta de toros es hoy, desde los puntos de vista estrictamente técnicos y taurinos, espectáculo superior al de otras épocas y otros diestros. Lo que me parece fuera de discusión es que está en su momento álgido de prestigio, y que en sector alguno de la sociedad española encuentra oposición, aunque siempre queden las disconformidades personales, respetables, pero que no cuentan para el efecto.

Yo recuerdo los tiempos en que hablar de toros en ciertos lugares, ya de categoría intelectual, ya de presumidamente refinados, era exponerse a la ira de quienes los condenaban. Porque la condena no partía del hecho normal de gustar o no gustar del espectáculo, sino que llevaba implícita una acusación ya de orden moral, ya de orden social, ante la que la posible discusión amenazaba un sesgo más grave y dramático de lo que hoy vemos claro que merece la fiesta. Las campañas que en tiempos muy pasados hicieron intervenir a los Papas, en siglos posteriores a los afrancesados gobernantes del siglo XVIII, y recientemente hizo que fuera llevada la fiesta al Congreso de los Diputados como reo presunto de corrupción y las protestas de otro orden que no sería acaso disparatado oponerle. Hasta algún teólogo, como los que valientemente se enfrentaron en el siglo XVI con los condenadores de ella, ha salido con ecuanimidad loable a sostener desorden, han cesado, y los loores a su belleza y gallardía han acallado la licitud moral del espectáculo.

Por otra parte, nunca ha disfrutado de mejor ambiente fuera de España. No hay extranjero que no muestre su curiosidad por conocerla, apenas pisa la frontera, y son mayoría los que quedan prendados de la bizarría y belleza del espectáculo, y con entusiasmo que a veces a mí, que me considero aficionado a él, me ha avergonzado, por experimentar que mi afición quedaba muy por bajo de la del extranjero neófito.

Este grado de estabilidad de la fiesta ha consentido que sobre ella se pueda escribir y disertar sin gastar las energías en una defensa innecesaria. Escritores entusiastas de ella en el siglo pasado tuvieron que consumir sus energías en defenderla, como Mariano de Cavia, que al par que sus revistas tenía que polemizar con Navarrete en su memorable libro, *División de plaza*.

En este estado las cosas, puede el escritor permitirse el lujo de escribir de toros como de tema normal sin excitar iras, ni revolver trifulcas, y acogido a este fuero puedo disertar sobre las características del espectáculo en el momento presente. Me interesa hacer constar que para todos sus aficionados los toros son esencialmente un espectáculo estético, "de feroz y trágica belleza", como lo calificó Menéndez Pelayo, y que sus aspectos propiamente artísticos son los que más pueden interesar y contar en el balance que me propongo de su estado actual.

Los orígenes de la fiesta son oscurísimos. De ella no me atrevo a asegurar, como en su cátedra afirmaba un profesor del comercio, que comenizó por no existir. El primer ademán de defensa del hombre contra el primer toro que se pusiera enfrente, era ya un rudimento de toreo. Pero lo que no tiene duda es que la fiesta en su origen tuvo más de cacería y lucha que de espectáculo intencionadamente artístico. Sobre todo desde que los toros se corren en plazas públicas, ante públicos numerosos, el carácter de lucha, de voluntad de domeñar a una fiera, le da el carácter más acusado y distintivo.

Aunque algo diga luego de ello, no voy a decir ahora cómo este carácter va evolucionando de lucha a burla y diversión, y finalmente a arte. Cuando encontramos la fiesta definitivamente fijada en sus características, aproximadamente iguales a las que ahora la distinguen, la finalidad de dominio se sobrepone a toda otra, incluso a la de burla, que quedaba reservada, y aun dura, para los espectáculos populares que hoy llamamos cañas. El lidiador ya en el siglo XVIII tenía que vérselas delante de un toro, y con las armas de su capa y de su muleta había de dominarle, de apoderarse de él y conservar su iniciativa en la lidia, si bien ayudado por auxiliares, picadores y peones. Sólo el conservar esta iniciativa, el ser el dueño de la situación, le permitía consumir a ley con el estoque la suerte definitiva de la muerte del toro.

En el un extremo de la cadena tenemos el espectáculo taurino concebido como lucha. El otro extremo es la fiesta de toros tal como hoy la vemos en los ruedos.

Quien hoy asiste a una corrida, y sobre todo si por su hábito de ver la fiesta conoce bien los riesgos de ella, tiene la sensación de que asiste a un espectáculo de pura pretensión artística, cercano a la danza o a otra actividad de semejante tipo, en la que lo esencial es el decoro, armonía y gracia de actitudes y movimientos. El mismo manejar de la capa y la muleta es de una perfección que maravilla ver lograr ante una fiera, siquiera, como veremos, harto disminuída, que no sería fácil verificar ni en la tranquilidad de un ensayo sin riesgo. Quiere esto decir que la fiesta ha llegado a tomar un sesgo en que lo esencial es la plástica, la belleza de las suertes.

Este es el hecho, pero creo que debe intentarse penetrar la razón por la que las cosas han llegado a ser así. Claro es que para esta investigación tomaré como hito cronológico inicial el tiempo de que tenemos noticias ciertas de cómo se toreaba y de cuáles eran las preferencias del público.

En la evolución del toreo, hasta llegar al estado en que lo vemos, han influido causas diversas. Una que a mi entender no se tiene bastante en cuenta es el progreso de la técnica de torear, que, como todo progreso, significa que el toreo llevaba en sí mismo desde el principio los gérmenes de su última transformación. El toreo ha ido sacando de sus propias posibilidades maneras y estilos nuevos, orientados por las preferencias de los públicos y por lo que el otro actor de la tragedia, el toro, consentía. El orgullo de Pedro Romero era, como sabemos por su propio testimonio, haber matado miles de toros sin tener que ceder a otro, por cogida o accidente, la misión de hacerlo. El cuenta, en contrapartida, los toros que tuvo que matar de otros espadas. El elogio que, incluso literariamente, conocemos de más autoridad es de Estébanez Calderón, y pondera sobre todo su denuedo y seguridad en la muerte del toro. En cambio su rival, *Cos-tillares*, fija artísticamente la suerte de la verónica, revoluciona el juego de la muleta e inventa la suerte de recurso del volapié.

No trato de seguir en sus matices la evolución del arte en el torear, pero sabemos que la aspiración de *Cúchares*, diestro marrullero y ventajista, sin duda, pero de influjo grandísimo en la fiesta, era lo que él llamaba "alegrar la función", y era sin duda divertir al público menos exi-

gente con alegrías y trucos que el buen aficionado rechazaba pero que la masa de espectadores aplaudía, y que, más o menos depurados, otros diestros aceptaban. Tengo para mí que el uso de la mano derecha, a quien expresivamente llamaban entonces, y hasta hace poco era corriente oír, "la de cobrar", en oposición a la izquierda, que era "la de torear", le generaliza *Cúchares*. No es que antes no se usara, pero si hemos de creer a Montes en su *Tauromaquia*, parece que su uso era como en suerte de recurso, y él expresamente cita la mano derecha, reconociendo que se usaba a la salida de una serie de naturales, o de un pase natural con la izquierda, para suplir el pase de pecho, y dar la salida al toro por el lado contrario: pase con la derecha, que expresamente llama también natural o regular. Pero añade que "no era tan bien visto".

Con la aparición de *Lagartijo* hace su entrada en la fiesta una intención artística deliberada. La estética del gran diestro cordobés residía en la estética de su figura. Todas sus aposturas y movimientos debían llevar un sello de elegancia y gracia naturales que cautivaban al espectador. De él se dijo por primera vez que valía el dinero verle hacer el paseillo. La estética estaba, pues, en su figura, en sus actitudes, en sus movimientos. ¿Lo estaba asimismo en la ejecución de la suerte? No me refiero al aspecto técnico, sino a averiguar si en ella, en su estética, jugaban más elementos que los meramente, diremos, corporales del diestro. Es difícil dirimir esta cuestión a los que no le vimos torear. Yo deduzco que lo fundamental de su plástica era lo meramente personal. Yo he oído ponderar muchas veces a los que le vieron la inimitable elegancia y gallardía con que salía andando, tras practicar la larga natural, con el capote sobre el hombro. No he oído comentario sobre como practicaba esa larga, y si lo artístico del lance residía en él, o en la gallarda salida de él, ya parado el toro. Sospecho que era esto último lo más importante.

Pero la estética taurina no era lo fundamental en esto último, como hemos venido a saber gracias a Belmonte, capitalmente. La estética del toreo es esencialmente dinámica, y la conjugación armónica de los movimientos del toro y los del torero son los que producen una impresión de belleza artística. Ni un toro tiene estética solo, y con embestir tan sólo, ni un torero la tiene practicando las suertes sin enemigo. Gracia estética taurina; pues es indudable que la arrancada de un toro tiene belleza, y que puede tener, como tenía en *Lagartijo*, estética la postura y el movimiento de un torero. Lo que constituye la belleza del lance es la correspondencia exacta de los movimientos del diestro y los movimientos del toro, dependientes de los del diestro, como dos notas armónicas en un acorde. La desviación justa del toro al cargar el torero la suerte, su obediencia al cambio de viaje del engaño, todo ello como espectáculo de fuerza contenida y domada, en la que el mando corresponde al diestro, es el gran hallazgo de la época de Belmonte, a quien corresponde la iniciativa y la perfección lograda.

El público supo entregarse a esta nueva concepción de la belleza de los toros y dar un lugar secundario a otras virtudes técnicas. Pero entonces éstas aun tenían una cotización que parecen haber perdido. Y aquí no hay más remedio que hablar del punto neurálgico de la fiesta, y de su estado actual. Es posible que el intento de Belmonte haya tenido predecesores. El, al menos, y aunque no le vió torear, cree que pudo imitar la manera y el estilo de Antonio Montes, de quien fué entusiasta su padre, y peón de confianza el que lo había de ser suyo: José María Calderón. Es posible que Montes, o algún otro diestro anterior, acaso *el Espartero*, no consiguieran imponer esta concepción del toreo por falta de aptitudes, que para ello tenían, en efecto, que ser egregias. Pero acaso algo de culpa en el fracaso la tuvieron los toros. El intento de Belmonte se produce en el momento preciso en que el afinamiento de las castas en las ganaderías da un porcentaje de toros aptos para este toreo, considerable. No se había llegado al tipo del toro actual, y aun salían muchos que por su nervio y mal estilo hacían poner a prueba la habilidad técnica del matador y la suficiencia táctica de las cuadrillas. El imponer tal estilo costó a Belmonte innumerables cogidas, por fortuna leves en su mayoría, y ninguna suficiente a cortar sus arrestos ni a hacerle desistir de su propósito. Yo creo que éste, en principio, correspondía a la estética del toreo y a la emoción del riesgo, que es otro elemento de esa estética que ahora no estoy con propósito de analizar, pero sucedió lo que una ley invariable dispone en todas las artes: que la mayor perfección técnica y la mayor eficacia del lance, por dominio, por temple, por cargar la suerte, por quietud en el diestro, producía la mayor belleza.

Tras Belmonte la fiesta pierde interés, y apenas si sale un torero que verdaderamente haya aprendido la lección de Belmonte, aunque muchos traten de imitarle. Tan sólo lo consigue, acaso, el desgraciado *Gitano de Triana*, torero de finísima calidad y escaso volumen, y sobre todo Domingo Ortega, que es el que más conscientemente sigue el camino del tipo de estética que he tratado de describir. Pero Ortega lo hace con las castas más depuradas, pero con un toro (hablo de la época anterior a nuestra guerra) casi siempre de más volumen y riesgo. No es que en tiempos de Belmonte se hubiera llegado a los extremos de desaprensión que hemos visto luego, pues Belmonte y *Joselito* lidiaron constantemente un porcentaje elevado de corridas auténticamente serias, sino que en ellas, como no sacaran el estilo indispensable, Belmonte se quitaba los toros de delante como podía, y *Joselito* se lucía con ellos dentro de otra manera y de otro estilo.

A partir de nuestra guerra, y pese a lo rápidamente que corre el tiempo considero todos estos años como momento actual, la tendencia a la mera plástica se ha acentuado hasta llegar a su límite. En muchos tomeros que han tenido, o tienen, gran predicamento no ha sido la estética resultado de la perfección técnica, sino efecto buscado en un toreo arbitrario, que la táctica seguida contra el poder del toro ha hecho posible. Los lances que se hacen hoy con los toros, los más aceptados y festejados por el público, se ensayan con una silla, y en la representación salen a veces tan bien como en el ensayo.

Si en su arranque lo predominante en el toreo era su aspecto de lucha, hoy lo que predomina son sus aspectos plásticos. Pero éstos no siempre pueden admitirse como aciertos estéticos, porque al estar las suertes al servicio de un fin taurinamente útil, cuanto se verificara con lógica en orden a ese fin tenía un sentido técnico, del que se desprendía un efecto estético. Pero con el toro dominado ya por el castigo de los picadores, sin enemigo en las faenas de mayor relumbrón, es una estética artificial y sin savia, que puede poner en peligro el porvenir de la fiesta.

